

LA IGLESIA CATÓLICA, EL VATICANO, EL PAPA FRANCISCO Y EL ABORTO

Vicenç Navarro

Catedrático de Ciencias Políticas. Universidad Pompeu Fabra,
Barcelona

8 de septiembre de 2015

Quisiera comenzar este artículo diciendo que no soy ni cristiano ni creyente. Mis padres, maestros represaliados por la dictadura (como lo fueron miles de maestros como ellos, entusiastas de las reformas progresistas pedagógicas introducidas por la República), me enseñaron a respetar todas las religiones aunque no necesariamente las Iglesias, considerándolas correctamente como instituciones humanas que reproducen y gestionan las religiones para, en general, beneficio de las fuerzas económicas y políticas dominantes en cada país, siendo el caso de la Iglesia Católica catalana y del resto de España ejemplos de ello. Por extraño que ello parezca, incluso hoy, treinta y siete años después de haberse iniciado la democracia en España, la Iglesia Católica goza de unos enormes privilegios,

financiados también por los no creyentes, no habiéndose descrito (y, por lo tanto, permaneciendo desconocida) su labor represora durante la República, la Guerra Civil y la dictadura que ayudó a instaurar, dirigiendo y colaborando con la enorme represión que ocurrió durante aquel periodo. Todavía hoy la gente joven no sabe que el régimen dictatorial (del cual la Iglesia fue un componente esencial) que gobernó Catalunya y otras parte de España durante el periodo 1939-1978 fue uno de los regímenes más sangrientos que hayan existido en la Europa del siglo XX. Por cada asesinato político que cometió Mussolini, el régimen fascista español cometió 10.000 (según los estudios de uno de los mayores experto en el fascismo europeo, el Profesor Malefakis, de la Universidad de Columbia, en la ciudad de New York).

Y el Vaticano (en contra de lo que se ha intentado ocultar) fue el poder esencial, junto con el gobierno federal de EEUU (liderado por el General Eisenhower), que movilizó la opinión internacional para dar el imprimátur a aquel enormemente represivo régimen dictatorial. El desconocimiento de la juventud de la historia de su país es enorme, como consecuencia del dominio que las fuerzas conservadoras han tenido y continúan teniendo sobre la gran mayoría de los aparatos del Estado, tanto en Catalunya como en el resto de España. Cuando los que habían sido alumnos de mis padres, expulsados del magisterio, en el pueblo donde eran maestros quisieron que hubiera una placa en

la escuela para homenajearlos, el alcalde de las derechas catalanas, CiU, que han gobernado Catalunya la gran mayoría del periodo democrático, se opuso porque lo veía como un acto político. Mientras, ni la Iglesia catalana y española ni el Vaticano han pedido perdón al pueblo español, incluyendo al catalán, por su responsabilidad en tal represión, celebrando frecuentemente a sus muertos en aquel conflicto, como ocurrió hace unas semanas en Barcelona (en un acto en el que estaban representados los gobiernos conservadores y liberales –que a nivel popular se conocen como las derechas- que gobiernan el Estado español y la Generalitat de Catalunya), ignorando a aquellos a los que sus antepasados sometieron a lo que, como Paul Preston ha documentado, alcanzó niveles de holocausto.

¿Están cambiando la Iglesia y el Vaticano?

Es importante presentar esta información a fin de entender lo muy conservadora que ha sido tal institución (conservadurismo que es incluso más acentuado, si cabe, en Catalunya y en España, y en la mayoría de países de cultura latina católica, donde la imposición de dicho conservadurismo ha creado mucho dolor). Ni que decir tiene que han ido ocurriendo cambios, pero mucho más lentamente en la Iglesia Católica española que en el Vaticano. Juan XXIII antes, y el Papa Francisco ahora, están intentando ponerse al día a marchas forzadas para no perder su clientela.

Desde el principio, cuando se le nombró pontífice, expresé mis dudas ("Las contradicciones del nuevo Papa", *Público*, 21.03.13) debido al silencio ensordecedor (cuando no colaboración) que el Papa actual, siendo obispo, tuvo frente a la dictadura sangrienta argentina. Considero positivo que se haya ido distanciando de su pasado y que en muchas áreas esté ayudando a dar un vuelco a las políticas sumamente reaccionarias que el Vaticano ha tenido, en apoyo a estructuras enormemente represivas, como ha sido el caso de la Iglesia Católica de América Latina (con escasísimas excepciones). Pero incluso ahí, en su modernización, todavía no ha dejado hábitos anteriores –como su profundo anticomunismo– que han dificultado cambios que aquel continente requiere. Entre ellos está su crítica (más que crítica, en realidad, fue un insulto) a lo que él llamó ideologías que "llevaban a la población a su perdición", y que eran ni más ni menos que aquellas ideologías –distintas a la ideología religiosa– que han sostenido movilizaciones de las poblaciones oprimidas en contra de la enorme explotación que ha existido en aquel continente (todavía hoy el más desigual en su distribución de las rentas, de todos los continentes). Y, frente a tanta explotación, hubiera sido deseable que el Papa hubiera homenajeado a todos aquellos (pertenecientes a todas las sensibilidades políticas) que han luchado tanto para la liberación de sus pueblos, incluyendo, naturalmente, dentro de ellas, a las ideologías cristianas, cuyos

máximos representantes no se distinguieron (con contadísimas excepciones) por haber contribuido a tal liberación. Celebro y aplaudo el cambio del Papa al denunciar la explotación económica y social tan extendida hoy en el mundo, y que está incluso dañando la propia viabilidad del planeta y de los seres humanos que viven en él.

La explotación de la mujer y el aborto

Ahora bien, donde los cambios del Vaticano (que repito e insisto, valoro positivamente) son más limitados es en las áreas de explotación de la mujer. Y el reciente caso del aborto es un ejemplo de ello. Los medios de comunicación han soltado campanas al vuelo celebrando lo que definen erróneamente como cambios del Vaticano frente al aborto. Es cierto que el Papa Francisco ha señalado que el aborto es una decisión que exige ser vista desde una dimensión humana. No puede negarse que la experiencia del aborto es una experiencia traumática y dolorosa para cualquier mujer que la experimenta. El Papa añade, por fin, la necesidad de entender toda la dimensión humana en el análisis y evaluación moral de este hecho. Pero habiendo dicho esto –que es muy importante– su solución es la de ser compasivos con la mujer, lo cual es dramáticamente insuficiente.

Según el Papa Francisco, hay que continuar penalizando a la mujer, aunque menos de lo que se hace ahora, haciéndosele más fácil que pueda arrepentirse y salvar su alma. Y su solución es que, en lugar de tener que ir a un tribunal especial para que le permitan entrar en la Iglesia después de haber sido excomulgada –cosa que ocurre cuando aborta-, ahora se le permitirá que vaya a su cura del barrio, que la podrá absolver. Y esto se permitirá solo durante el año de la Misericordia, como ha añadido rápidamente uno de los portavoces del Vaticano, el Sr. Ciro Benedettini. Tal señor ha añadido que *“esta medida no intenta disminuir la gravedad del pecado, sino aumentar la muestra de misericordia”* (citado en Katie Klabusich *“Praise for Pope Francis is premature”*).

Supongo que desde el punto de vista religioso es una ventaja para la “pecadora” que esta pueda ir al cura del barrio en lugar de a una autoridad superior para que dejen de excomulgarla. En esto no me voy a meter, pues son temas para otros más expertos que yo en derecho canónico. Pero, por favor, ruego a los medios de información que no lo presenten como un cambio significativo del Vaticano hacia el aborto. La excomunión –que supongo es lo peor que le puede pasar a un católico- continúa para la mujer que aborte y para la persona que ayude a abortar. Hablar de cambio radical en el Vaticano –como hacen muchos medios- me parece claramente hiperbólico.

Esta puntualización es particularmente importante porque la ola reaccionaria que está controlando el Congreso de EEUU –donde las ultraderechas del Tea Party están ejerciendo una enorme influencia en el Partido Republicano, al que controlan-, está presionando para que el gobierno federal no aporte fondos públicos para aquellas instituciones sanitarias que permitan la interrupción del embarazo. Y un tanto semejante está ocurriendo en España, donde la presión del gobierno PP ha ido en la dirección de dificultar tal interrupción. Los cambios del Papa Francisco tendrán nulo impacto en estas situaciones, pues continúan favoreciéndolas. Los congresistas estadounidenses y los miembros de las Cortes más beligerantes en estas políticas antiabortistas son precisamente los más religiosos y católicos, y ello, por cierto, a pesar de la opinión de la mayoría de católicos, que en EEUU se oponen a tales políticas restrictivas.

La urgencia de que el Vaticano se modernice

La distancia entre lo que la jerarquía católica, liderada por el Vaticano, cree que debe hacerse y lo que la población católica (y no digamos ya la no católica) cree, es enorme, lo cual ocurre en extremo en todos los temas que tienen que ver con el sexo. La obsesión de la Iglesia con lo que ocurre en la zona pélvica del cuerpo humano de los ciudadanos es un ejemplo de su enorme retraso. La gran mayoría de la población estadounidense y española no cree que las mujeres que

han abortado hayan hecho nada malo de lo que tengan que excusarse o pedir perdón. Y la gran mayoría de la población a nivel mundial (incluyendo los católicos españoles y estadounidenses) utiliza preservativos y otros medios para gozar del sexo y a la vez prevenir el embarazo, sin que se sientan culpables, en contra de lo que exige la Iglesia Católica. La separación del goce sexual de la función reproductora ha sido una de las conquistas del movimiento feminista, y por lo tanto, de la humanidad. La persistencia de limitar el primero –el goce del sexo- a fin de garantizar lo segundo –la reproducción biológica- (una característica de la mayoría de las religiones, incluyendo la católica) explica la supeditación de la mujer en todas las Iglesias, y muy en particular en la Católica, reproduciendo su enorme explotación, a la cual el Papa parece todavía ser insensible, y que la Iglesia Católica catalana y española todavía ni siquiera reconocen.

Termino, pues, aplaudiendo al Papa por su labor reformadora, alentándole a que vaya, sin embargo, mucho más allá y mucho más rápido, pues la Iglesia que preside ha afectado y continúa afectando muy negativamente al bienestar de las poblaciones, incluyendo las mujeres, que son la mitad de la humanidad.